RELATO.

Abril.

Mi correspondencia de las últimas semanas no contiene nada de particular; mi situación era demasiado complicada, entre el Arte y la amistad, entre la posesión y el deseo, entre los hábitos del presente y un porvenir al cual de nuevo tenía que habituarme. En tales circunstancias, poco podían decir mis cartas. La alegría de volver á ver á mis fieles antiguos amigos, expresábase moderada y el dolor de la separación, en cambio, apenas se disimulaba. Me limitaré, pues, á recoger ahora lo que me conservaron papeles y documentos de aquella época y lo que mis recuerdos me proporcionan.

Tischbein se iba quedando en Nápoles, aunque anunciara muchas veces su regreso en la primavera. La vida en su compañía era agradable; más á la larga hacíase difícil, á causa de cierto defecto suyo y no era otro sino

dejar sin acabar cuanto se proponía hacer y resultaba que, sin mala voluntad de parte suya, traía á los demás perjuicios y desagrado. Así me sucedió. A fin de que todos estuviésemos bien instalados, quise mudarme antes de su vuelta y como el piso de arriba, en nuestra misma casa, estaba desocupado, lo alquilé é hicimos el cambio, á fin de que á su vuelta encontrase todo el bajo preparado.

Las habitaciones de arriba eran iguales á las de abajo; las de atrás tenían la ventaja de una hermosísima vista sobre el jardín de la casa y los de las casas vecinas que, siendo la nuestra de esquina, se extendían á todos lados.

Veíanse los diversos jardines separados con regularidad por muros, plantados y tenidos de modo variadísimo. Para glorificar este verde y florido paraíso, la noble Arquitectura mostrábase doquiera. Invernaderos, balcones, terrazas; hasta sobre las casitas más altas de detrás, un templete abierto, y entre las construcciones todo género de árboles y plantas del país.

En el jardín de nuestra casa, un anciano eclesiástico cuidaba cierto número de limoneros, de regular tamaño, en jarrones muy elegantes, de tierra cocida. En el verano, teníalos al aire libre; pero en el invierno los preservaba de la intemperie en el invernáculo. Cuando la fruta estaba en perfecto estado de madurez, cogíanla cuidadosos, envolvían cada limón en su papel y así los enviaban fuera. Estos limones son muy apreciados en el comercio, merced á sus cualidades especiales. Una

orangerie semejante, es considerada, en las familias burguesas, pequeño capital del que todos los años sacan cierto interés.

Estas mismas ventanas, desde las cuales, cuando el cielo estaba claro, se gozaba tan deliciosa vista, daban excelente luz para ver obras pictóricas. Kniep acababa de enviarme, según nuestro convenio, diversas acuarelas, hechas conforme á las vistas que con tanta diligencia tomó en nuestro viaje á Sicilia, que hacían las delicias y eran admiración de todos nuestros amigos, á causa de la luz en que estaban colocadas. La luz y el aire tal vez nadie ha llegado á hacerlos sentir como él, que por inclinación se dedicó completamente á este género. En realidad encantaba ver tales cosas, pues creíase volver á sentir y á ver la humedad del mar, la sombra azulada de las rocas, los tonos amarillo rojizo de las montañas y las lontananzas perdiéndose en el más espléndido y brillante cielo. No sólo tales hojas producían tan favorable efecto; todo cuadro, puesto en el mismo sitio y en el mismo caballete, hacía más efecto y sorprendía. Recuerdo que algunas veces, entrando en el cuarto, un cuadro de estos causóme impresión arrobadora.

El secreto de la luz, favorable ó desfavorable, directa ó indirecta, no estaba entonces descubierto; sentíase perfectamente, se admiraba y se consideraba cosa inexplicable y casual.

La nueva vivienda permitiónos colocar, ordenadas á gusto y en buena luz, cierto número de reproducciones en yeso, reunidas poco á poco, y sólo entonces gozamos dignamente su posesión. Cuando uno se encuentra, cual sucede á la continua en Roma, en presencia de obras plásticas de la antigüedad, siéntese, como en presencia de la Naturaleza, ante lo insondable y lo infinito. La impresión de lo bello, de lo sublime, por muy benéfica que sea, nos inquieta: deseamos expresar nuestra admiración y nuestro sentimiento en palabras, mas necesitaríamos, primero, conocer, profundizar y comprender.

Al comienzo no hacemos sino separar, distinguir, ordenar y aun esto, si no lo encontramos imposible, parécenos en extremo difícil y al fin volvemos al placer de admirar contemplando.

En general, esto es el efecto decisivo de todas las obras de Arte, que nos transportan á la época y á la situación del hombre que las produjo. Rodeados de estatuas antiguas, nos sentimos de manera natural en una vida animada; se aprende á conocer la diversidad de la figura humana y en absoluto vuélvese á los tiempos del hombre en sus condiciones más puras, lo cual hace al propio espectador viva y puramente humano. Los mismos ropajes relacionados á la Naturaleza, que contribuyen hasta cierto punto á realzar la figura, en sentido general, hacen bien. Aunque en Roma se puede gozar á diario tal vecindad, llégase al mismo tiempo á ser codicioso, deseando rodearse de semejan-

tes imágenes, y es fácil conseguirlo valiéndose de facsímiles y reproducciones: á la mañana, al abrir los ojos, ya se siente uno emocionado ante lo más excelente; á cuanto pensamos y sentimos acompañan estas imágines y es imposible volver á caer en la barbarie.

El primer lugar en nuestra casa ocupábalo Juno Ludovisi, más estimada y honrada á causa de que muy raras veces y sólo casualmente, podía verse el original y debía considerarse dicha tenerla siempre delante, porque ningún contemporáneo se atrevería á afirmar que, á primera vista, comprendiera todo su mérito. Á su lado estaban otras estátuas de Juno, más pequeñas, á fin de comparar luego; los bustos de Júpiter, Medusa Rondanini, obra maravillosa, expresando el término medio entre la vida y la muerte, entre el dolor y la voluptuosidad, excitante, inexplicable, que nos ejercita más que ningún problema.

Citaré todavía un Hércules Anax, tan fuerte y grande, como inteligente y dulce; un Mercurio delicioso: los dos originales están al presente en Inglaterra.

Bajo-relieves, reproducciones de obras hermosísimas en tierra cocida, las tomadas de la punta del gran obelisco y muchos fragmentos, entre ellos algunos de mármol, todo muy bien dispuesto.

Hablo de semejantes tesoros, que sólo pocas semanas estuvieron colocados en la nueva casa, como quien piensa en hacer testamento y mira los bienes que posee, con firmeza, pero con emoción. La dificultad, el trabajo, el mucho costo y cierta torpeza en este género

de cosas, hicieron que no me decidiese, desde luego, á enviar á Alemania lo más preciado. Juno Ludovisi fué destinado á la noble Angelika; otras cosas de menor importancia, á los artistas que veía á menudo; muchas pertenecían á Tischbein, otras permanecieron en el mismo sitio, utilizadas á su manera por Bury, que se quedó con el alquiler de mi casa.

Mientras escribo, mis pensamientos me transportan á los primeros tiempos de mi juventud y evocan las causas que en un principio me familiarizaron con los objetos, despertaron mi interés y el entusiasmo ilimitado de la inexperiencia con el vehemente deseo, del que fué consecuencia mi viaje á Italia.

En mi primera juventud nada pude ver de Arte plástico en mi ciudad natal; en Leipzig, primeramente, el Fauno que toca los timbales, bailando á la vez, causóme profunda impresión, hasta el punto que aun ahora puedo recordar todos los detalles de la estatua y los objetos que la rodeaban. Después de largo período, encontréme cual si hubiera caido en el mar, repentinamente, en el Museo de Mannheim, que recibe hermosa luz zenital.

Más tarde fueron á Francfort hombres que hacían figuritas de yeso; pasaran los Alpes llevando sus originales, hacían los vaciados y vendían los ejemplares á moderado precio. Así pude tener una cabeza de Laoconte, bastante buena, una cabecita de la hija de Niobe, que más tarde se reconoció ser una Safo y algunas otras cosas. Estas nobles figuras eran para mí

una suerte de contraveneno secreto, cuando lo flojo, lo falso y lo amanerado, amenazaba contagiarme. En realidad, siempre sentía interno dolor y desazón que me impulsaba á lo desconocido; deseos adormecidos algunas veces, mas siempre renacientes. Por eso fué grande mi dolor cuando, al salir de Roma, hube de desprenderme de aquéllo, poseído al fin, después de haberlo deseado y esperado tanto.

En medio de todo, no había dejado de ocuparme en las leyes de la Botánica, que descubriera en Sicilia, según acontece cuando la inclinación verdadera nos fuerza á un objeto, para el cual, tenemos aptitudes. Visitaba el Jardín Botánico, que, si se quiere, ordenado á la antigua, ofrecía poco atractivo; pero que sobre mí, que encontraba allí mucho nuevo é inesperado, ejercía favorable influencia. Tuve ocasión de reunir muchas plantas raras y continuar, acerca de ellas, mis observaciones, cuidando, al mismo tiempo, aquellas que obtuviera de semilla. Estas últimas, al marcharme, quisieron repartírselas muchos de mis amigos. Planté, en el jardín de la casa de Angelika, el renuevo de pino, ya bastante crecido, miniatura de un árbol futuro, donde, con los años, llegó á ser muy alto; viajeros amables habláronme más tarde de él con mucha satisfacción, dándome asimismo noticias de aquel lugar de tantos recuerdos. Desgraciadamente, el que poseyó la casa, después de la muerte de aquella inapreciable amiga,

encontró mal y fuera de su lugar ver pinos crecidos en sus arriates de flores. Los viajeros que llegaron después, encontraron vacío el sitio y extinguida, allí al menos, la huella de una amable existencia.

Quedaban algunas palmeras de huesos que yo plantara. Siendo mi principal objeto observar, de tiempo en tiempo, su notable desarrollo, sacrificando muchos ejemplares, los plantados á última hora se los di á un amigo romano, que los puso en su jardín de la calle Sixtina, donde viven todavía y llegaron á la altura de un hombre, según tuvo la bondad de asegurarme un augusto viajero. ¡Ojalá no se hagan molestos al propietario y puedan seguir creciendo y prosperando en recuerdo mío!

En la nota de las cosas que debíamos ver en Roma antes de nuestra partida, encontrábanse dos muy diferentes; la Cloaca Máxima y las Catacumbas de San Sebastían. La primera superó á la idea colosal con que nos prepara Pironesi; la visita á las Catacumbas no salió bien. A los primeros pasos que dí en aquellos lóbregos y húmedos lugares, sentí tal malestar, que hube de salir al momento al aire libre y esperar, en un sitio poco conocido y excéntrico de la ciudad, la vuelta de mis compañeros, que, más resueltos, vieron á su placer cuanto encierran aquellos lugares.

En la gran obra: *Roma Sotterranea, di Antonio Bosio, romano*, aprendí, mucho tiempo después, cuanto hubie-

ra visto, ó no hubiera visto allí dentro y creíme suficientemente recompensado.

Otra excursión hicimos, más útil, á la Academia San Luca, deseando manifestar nuestro respeto al cráneo de Rafael, que conservan allí como santa reliquia, después de haberlo sacado de la tumba de este hombre extraordinario, con motivo de una construcción.

¡Cosa en verdad admirable de ver, una corteza recogida, redonda, tan hermosa como se puede imaginar, sin rastro de aquellas elevaciones, protuberancias y jibas que en la doctrina de Gall tienen tan variadas significaciones! No podía desprender mis ojos de él y al marcharme, indiqué lo importante que sería á los aficionados al Arte y á la Ciencia de la Naturaleza, poseer un vaciado de este cráneo, si fuese posible. Mi influyente amigo, el consejero Reiffenstein, dióme esperanzas y las cumplió, enviándome después á Alemania un vaciado en yeso, cuya contemplación, todavía hoy, inspírame á menudo muy variadas reflexiones.

Un delicioso cuadro de Rafael representa la Madre de Dios que se aparece á San Lucas, á fin de que la retrate en toda su gracia y majestad. El mismo Rafael, jovencito, está á alguna distancia observando el trabajo del Evangelista. No es posible expresar de manera más deliciosa una vocación decidida, por la cual se siente uno arrastrado. Poseía el cuadro Pedro de Cortona, que lo legó á la Academia. Está estropeado y restaurado en muchos sitios, más siempre es de mucho valor.

En estos días probóme nueva tentación amenazando impedir mi viaje y sujetarme de nuevo en Roma. Llegó de Nápoles el Sr. Antonio Rega, artista y tratante en objetos de Arte y en confianza dijo al amigo Meyer, que había venido en un barco, anclado en *Ripa Grande*, á cuyo barco le invitaba á ir, porque tenía allí una importante estatua antigua, aquella Bailarina ó Musa que estaba desde tiempo inmemorial en una hornacina del patio del palacio *Caraffa Colobrano*, en Nápoles, siempre considerada obra de mérito. Deseaba venderla en secreto y quería saber si Meyer ó alguno de sus amigos íntimos tendría gusto en comprarla. Ofrecía esta noble obra de Arte en el módico precio de trescientos *zechines*: más altas serían sus pretensiones, si no hubiera que proceder con prudencia, á causa del vendedor y los compradores.

Diéronme en seguida cuenta de la cosa y los tres nos encaminamos al puerto, bastante alejado de nuestra casa. Rega levantó una tabla de la caja que estaba sobre el puente y vimos una deliciosa cabecita que nunca había estado desprendida del tronco, mirándonos por debajo de sus rizos sueltecitos; poco á poco descubrióse la figura graciosamente animada, vestida con decencia y muy poco estropeada; una de sus manos la conservaba perfecta.

Al momento recordamos muy bien haberla visto en su anterior puesto, sin sospechar que la llegaríamos á ver tan de cerca; esto pensábamos, y ¿cómo no lo habíamos de pensar? De seguro, decíamos, si cualquiera durante todo un año y gastando mucho dinero, hubiese

echo excavaciones y al final tropezara semejante tesoro, diérase por muy satisfecho. No nos podíamos separar de allí, pues una antigüedad tan pura, tan bien conservada y fácil de restaurar, podría muy bien no volvérsenos á presentar nunca. Despedímonos, sin embargo, en el propósito y la promesa de dar pronto respuesta definitiva.

En verdad, empeñamos un combate; atendido más de un concepto, parecíanos derroche comprarla y decidimos proponer el caso á la buena Angelika, como persona pudiente, para adquirirla y muy á propósito, á causa de sus relaciones, para lo concerniente á la restauracióny más cosas que ocurrir pudiesen. Meyer se encargó de proponérselo, conforme hiciera antes al tratarse del cuadro de Daniel de Volterra, y esperábamos buen resultado. Aquella mujer circunspecta y más aun, su económico marido, rehusaron el negocio diciendo que, en la pintura, con efecto, emplearan sumas considerables, pero que no se decidían, en modo alguno, á meterse con la estatuaria.

Después de la respuesta negativa, tornamos á las consideraciones. ¡Los favores de la fortuna son harto caprichosos! Meyer volvió á mirar la estatua y ratificóse en su convencimiento de que la obra era, según todos los indicios, griega y muy anterior á Augusto; quizá de la época de Herón II.

Tenía crédito suficiente para procurarme tan importante obra de Arte y hasta Rega parecía consentir en el pago á plazos y llegó el momento de creernos dueños

de la estatua, viéndola colocada á buena luz en nuestro salón.

Al igual de aquel al que invaden muchos pensamientos entre una pasión amorosa de inclinación y un casamiento decididamente tratado, así estaba yo y no quise cargar con esta coyunda sin el consejo y aprobación de nuestros nobles parientes en el Arte, el señor Zucchi y su inteligente esposa; pues, en el idílico sentido pigmaliónico, era un desposorio y no podía negar que el deseo de la posesión de aquel *ser* echara en mí hondas raíces. En prueba de lo que me halagaba, baste decir que miraba el acontecimiento como obra de los espíritus que querían sujetarme en Roma y que, diligentísimos, echaban á tierra todas las razones que me obligaban á partir.

Felizmente estábamos ya en la edad en que la razón presta al entendimiento ayuda en casos parecidos y hube de prescindir de mis inclinaciones artísticas, de mis deseos de posesión, con lo demás que había de dialéctico y supersticioso, ante las buenas intenciones que tuvo la bondad de emplear en mi favor, con sensatez y complacencia, nuestra noble amiga Angelika. Sus reflexiones hiciéronme comprender las muchas dificultades y peligros del asunto, Las personas tranquilas, dedicadas al estudio del Arte y de las antigüedades, cuando se meten de repente en el comercio de objetos artísticos, despiertan los celos de los ocupados de ordinario en tales negocios. Las dificultades de la restauración eran muchas y faltaba saber hasta qué punto

nos servirían bien. Aunque todo saliese feliz hasta el momento de la partida, podían presentarse obstáculos para dar el permiso de exportación de semejante obra de Arte; y después, la travesía, el desembarque, el transporte y la llegada, podían ofrecer muchas peripecias. A tales consideraciones sobrevino la salida del comerciante, que restableció el equilibrio, viniendo á comprender que empresa semejante era de todas suertes digna de ser muy pensada.

Las reflexiones fueron dulcificando y debilitando, poco á poco, mi codicia y deseo, mas no se extinguió del todo, principalmente porque llegó á adquirir alto honor; en la actualidad está en un gabinetito reservado del Museo Pío Clementino, cuyo suelo es un hermosísimo mosaico de caretas y guirnaldas de hojas. Las otras estatuas de aquel gabinete son, en el fondo, Venus sentada; en su zócalo está esculpido el nombre de Bupalos; un hermosísimo Ganimedes, de tamaño pequeño; la bella estatua de un jovencito que no sé con qué derecho lleva el nombre de Adonis; un Fauno en *rosso antico* y Dioscóbolus yacente.

Visconti describió, á su manera, la estatua en el tercer tomo dedicado á este Museo y dió su dibujo en la lámina 30; todo amigo de las Artes comprenderá nuestro sentimiento de no haberla podido conseguir para Alemania y de no verla figurar en alguno de los Museos de nuestra patria.

Parecerá natural que en mis visitas de despedida no olvidase á la graciosa milanesa. Todo aquel tiempo

supiera de ella cosas que me satisfacían mucho: su amistad con Angelika era cada vez mas íntima; sabía estar muy bien en la alta sociedad que por Angelika la había recibido. Suponía asimismo, y lo deseaba, que un joven de buena posición, muy amigo de Zucchi, no era insensible á sus gracias, ni estaba muy lejos de dar un paso formal.

La encontré vestida de mañana, con pulcritud igual que la primera vez que la viera en Castel Gandolfo; recibióme con franqueza y gracia, expresándome de nuevo, en frases elegantes y naturales, su agradecimiento á mi interés.—«No olvidaré nunca,—dijo,—que cuando me reponía de mi trastorno, entre los nombres queridos y honorables de las personas que preguntaban por mí, oí el de V.; varias veces inquirí si era verdad. Durante muchas semanas continuó V. preguntando, hasta que al fin mi hermano fué á ver á V. y darle gracias en nombre de los dos. No sé si lo habrá hecho conforme se lo encargué; de muy buena gana hubiera ido con él, si no fuera cosa mal vista.»

Preguntóme qué camino iba á tomar, y al exponerle mi plan de viaje, exclamó:

—Es V. afortunado, por ser bastante rico para no negarse ese gusto; nosotros tenemos que quedarnos en el sitio donde Dios y los Santos nos pusieron. Hace mucho tiempo que desde mi ventana veo barcos entrar y salir, cargar y descargar; es muy entretenido y muchas veces me pregunto de dónde vienen y á dónde van.

Las ventanas daban precisamente sobre las escaleras

de la Ripetta; el movimiento era en aquel momento muy vivo.

Hablóme de su hermano con ternura; alegrábase de poderle gobernar su casa en orden, porque así, á pesar de su módico sueldo, podría colocar algunas economías en un comercio ventajoso; en fin, me habló de su posición con absoluta confianza. Yo estaba muy contento de su locuacidad, porque realmente hacía bastante extraña figura: sin ser dueño de evitarlo, representábame la imaginación todos los momentos de nuestras delicadas relaciones, desde el principio hasta el último. Entonces entró el hermano y la despedida terminó en amigable comedida prosa.

Cuando salí encontré mi coche sin cochero; un muchacho corrió á buscarlo. Habíase puesto ella á la ventana del entresuelo que habitaban, en una casa de hermosa apariencia; no era muy alta: parecía que con las manos nos podíamos alcanzar.

—Ya ve V., no quieren separarnos—dije; parece que saben mi disgusto al separarme de V.

Lo que ella me respondió, lo que yo repuse, todo el curso de la deliciosa conversación que, libre de trabas, declaró los sentimientos íntimos de dos enamorados que medio se entendían, no quiero profanarlo repitiéndolo; fué la confesión final extraordinaria, casual, lacónica, arrancada por la necesidad íntima del afecto mutuo más inocente y más tierno; por lo mismo, jamás ha salido de mi pensamiento ni de mi corazón.

De manera muy particular y solemne debía prepararse mi salida de Roma. Tres noches antes brilló la luna llena en el diáfano cielo y el encanto que sobre la gran ciudad extendía, tantas veces por mí sentido, fuélo entonces de manera mucho más penetrante. Las grandes masas iluminadas como por la luz del día atenuada y sus contrastes de sombras profundas, alumbradas á veces por reflejos que hacían presentir detalles, parecían transportarnos á otro mundo más sencillo y más grande.

Después de pasar los días en distracciones, muchas veces penosas, daba un paseo acompañado de unos cuantos amigos y algunas veces enteramente solo. Siguiendo, la última vez sin duda, la larga calle del Corso, subí al Capitolio, que se alzaba en el desierto cual un palacio de hadas. La estatua de Marco Aurelio trájome á la memoria la del comendador de Don Juan, dando á entender al viajero que estaba haciendo algo desusado, á pesar de lo cual bajé las escaleras de detrás. Siniestro y arrojando sombras siniestras, se me apareció el Arco de Triunfo de Séptimio Severo. Los objetos, tan conocidos de la Vía Sacra, parecían extraños y fantásticos. Al acercarme á los sublimes restos del Coliseo y mirar el interior á través de la cerrada verja, no debo ocultar que me acometió un estremecimiento y apresuré mi retirada.

Todas las masas producen siempre particular impresión; son á la vez sublimes y tangibles y en estos paseos hacía la incalculable *summa summarum*, de toda mi permanencia en Roma.

Al marcharme sentí un género especial de dolor. Al dejar, sin esperanza de volver, esta capital del mundo, de la que fuí algún tiempo ciudadano, se siente algo que no se puede traducir en palabras. Nadie puede comprenderlo más que el que lo siente; no cesaba de repetirme, en aquel momento, la elegía que compuso Ovidio, cuando el recuerdo de un destino análogo le persiguió hasta la extremidad de la tierra habitada; aquellos dísticos rodaban en medio de todas mis impresiones.

Cuando la imagen de la triste noche,
Mi última en Roma, donde abandonaba
Tantos seres queridos, mi alma hiere,
¡Aun ahora de mis ojos corre el llanto!
.....
Ya no se oían voces ni ladridos;
Sus corceles la luna alta guiaba;
Mis ojos iban de ella al Capitolio,
Vecino inutil, de mis Dioses Lares!

No pude repetir mucho tiempo aquella expresión extraña á mis sentimientos, sin aplicarla en particular á mi personalidad, á mi situación. Aquellos dolores estaban identificados á los míos y durante mi viaje, la actividad interior me ocupó muchos días y muchas noches. Sin embargo, guardéme de escribir una sola línea de miedo que este vaho de dolor íntimo no desapareciese; no quería ver nada, á fin de no distraerme del dulce tormento. Pronto hube de reconocer qué soberbio parece el mundo cuando lo contemplamos con los sentidos emocionados Esforcéme en llegar á más libre actividad poética; la idea del *Tasso* vino á unirse á mis impresiones y preparé, con particular gusto, aquellos pasajes que más análogos eran á mis disposiciones actuales. Pasé en Florencia la mayor parte del tiempo en los jardines de recreo y de lujo. Allí escribí las escenas que me representan, todavía hoy, aquellos tiempos y aquellos sentimientos. A tales disposiciones debe atribuirse la abundancia con que he tratado la mayor parte de la obra, que hace casi imposible su representación en el teatro, Así como los lugares á Ovidio, el destino me acercaba al *Tasso*. El doloroso sentimiento de un alma apasionada, irresistiblemente atraída á irrevocable destierro, se ve en toda la obra. Estas disposiciones no me abandonaron en todo el viaje, á pesar de las distracciones y, cosa singular, como si un circuito armónico quisiere favorecerme siempre, después de mi vuelta, terminé la obra viviendo accidentalmente en el Belvedere (1), donde flotaban á mi alrededor tantos recuerdos de momentos felices.

(1) En el parque de Weimar.